

Las invasiones bárbaras

Comentarios por María del Carmen Míguez

Las invasiones bárbaras (*Les invasions barbares*, 2003) _____

Con dificultades para enfrentar la muerte y aceptar el pasado, un profesor enfermo de cáncer trata de encontrar la paz en sus momentos finales. Dirección y guión: Denys Arcand. Elenco: Remy Girard (Rémy), Stéphane Rousseau (Sébastien), Dorotheé Berryman (Louise), Louise Portal (Diane), Dominique Michel (Dominique).

Para empezar diré que el guión de *Las invasiones bárbaras* sufre, desde mi punto de vista, el mismo destino que su personaje principal Remy. A la serie de temas complejos e interesantes que plantea Denys Arcand en la primera mitad de la película, se le decreta una muerte prematura y rápida en la segunda. Claro, cabe preguntarse si es posible abordar en dos horas las contradicciones sensuales-ideológicas de la izquierda intelectual y exquisita, la corrupción, las cuotas de poder de los sindicatos, la ineficiencia de los servicios médicos en manos del Estado, las relaciones médico-paciente, el manejo social del tráfico-consumo de drogas, el sentido comercial del arte, la brecha generacional entre padres e hijos, la soledad, las viejas metas abandonadas y tantos otros temas que aparecen a lo largo de este filme y que en este momento se me escapan. ¡Hubiera sido una barbaridad tamaña pretensión! El cine, diría el propio Remy, no puede sustituir el verbo de Solzhenitzin, Ciorán o Primo Levi. El guión acumula un largo listado de temas muy actuales, pero luego éstos se dispersan como si Arcand no hubiese sabido qué hacer con ellos.

¿Cuál fue la intención del director al crear *Las invasiones bárbaras*? Si partimos del título y por la cantidad de mosaicos temáticos que aparecen, podríamos pensar que se le propone al espectador un juego de adivinanzas:

¿quiénes son los bárbaros?, parece ser la pregunta que se nos formula desde la pantalla. Y aunque las imágenes del 11 de septiembre aparecen en el filme, no podríamos conformarnos con la idea de que los bárbaros son Al Qaeda u Osama Ben Laden. Hubiese sido muy fácil. Luego de ver el filme varias veces, constaté que no pude atribuirle el calificativo de *bárbaro* a una situación o personaje de manera sostenida. Buen signo a la hora de hablar de un filme, pensé. Pero también pienso ahora que el propio Arcand abandona la interrogante a mitad de la película para sumergirse en la pretendida ilusión de “todo tiempo pasado fue mejor”.

En medio de una paradisíaca casa de campo con buenos manjares, vino y algo de marihuana, las contradicciones que encarnan los personajes parecen esfumarse. Así, ese grupo de amigos que habían sido presentados en la impostura de un instituto canadiense en Roma, o en la pesadez de tener hijos a los cincuenta, o en la culpa por los amantes jóvenes mientras la hija se chupa todas las drogas, son ahora, en medio del moribundo, dignos representantes del grupo evangélico “pare de sufrir”, o de un nuevo eslogan que anunciaría “muera rápido y sin dolor”. Por suerte, Sebastien no tuvo que pagarles y Remy, gracias a la magia de la heroína, parece de todo menos un enfermo de cáncer. Esas escenas románticas que escogió el director para cerrar su propuesta son demasiado poco creíbles, en manos de quien nos ha mostrado que conoce de lo sensible y lo complejo. Denys Arcand reveló en una entrevista que con *Las invasiones bárbaras* quería “hablar de un tema muy serio con cierta levedad”, y en este sentido creo que lo logró. Según cuenta en esa entrevista, la experiencia de ver a sus dos padres morir de cáncer lo llevó a convencerse de que las últimas semanas habían sido innecesarias, es por ello que resuelve ese fin para su personaje Remy.

Pero retomando la pregunta sobre quiénes son los bárbaros, pienso que en la película la interrogante se juega en la relación de Remy con su hijo, en la circunstancia del desarrollo de la enfermedad que lo lleva a la muerte. Si consideramos que el trozo de historia fílmica entre estos dos personajes es representativo de lo que fue el vínculo a lo largo de sus vidas, podría decirse –desde mi mirada psicoanalítica– que todo fue bien entre ellos. Pero, qué quiero decir cuando afirmo que todo fue bien entre estos dos personajes. Pues que las peleas, diferencias y reclamos que se hacen entre sí Remy y su hijo Sebastien nos permiten inferir un orden de filiación claro, y la existencia de un proceso de individuación, identificación y elección de objeto en el hijo; que a su vez hablarían de la puesta en marcha de una adecuada función paterna y materna (aunque de la madre sepamos muy poco). Si desde una vertiente edípica esperamos la interdicción del

incesto, la prohibición del parricidio y la brecha generacional, diremos, por lo que pudimos ver en la película, que la ley del padre surtió los efectos esperados para hacer de su hijo Sebastien un buen sujeto neurótico.

Otra alternativa de análisis tomaría como punto de partida la escogencia de la profesión y los estilos de vida opuestos, las diferencias en la expresión afectiva y el lugar que se le otorga al dinero y a la relación con la mujer, en cada uno de los personajes. Pero ésta parece ser una discusión más de carácter ético y estético. Escoger una carrera opuesta a la del padre puede ser un paso necesario para separarse y encontrarle un sentido propio a la vida. Aunque muchos padres en la realidad y en la ficción se quejen de que sus hijos sean diferentes a ellos, que no sean lo que ellos hubiesen querido que fueran, o que no se hayan dejado fascinar por lo que a ellos les fascinó.

Que Remy le haya “arruinado la adolescencia” a Sebastien, con sus amoríos y su ausencia, puede ser un reclamo justo en el caso del hijo. Porque ¿acaso los padres no le arruinan de alguna manera la adolescencia a sus hijos?, y quizás por suerte, para que éstos concluyan el camino de la exogamia. ¿Qué hijo no descubre horrorizado que su padre no es el superhombre que él creía y quería que fuera? Podemos inferir aquí, utilizando ese parámetro de pensamiento, que Sebastien busca su propio camino lejos del mundo intelectual del padre; primero, por una necesidad de diferenciación, y, después, probablemente, por temor a quedar atrapado en las dificultades y limitaciones de éste (la necesaria castración del padre y por ende la suya propia).

Lo que Sebastien hace a lo largo de la película habla de la necesidad de retribuir lo que él desde su saber-hacer piensa que le debe al padre. Quizás, una necesidad de reparar antiguos ataques hacia esta figura rival. En todo caso, hace lo que se espera que un buen hijo haga con su padre enfermo, incluso más, porque, como dije arriba, le construye al padre un epílogo de ficción. Como él no es muy afectivo utiliza su dinero para expresarlo y, al final, se permite un encuentro mucho más directo y cálido para con su progenitor.

Es cierto que en algún momento Remy asocia a su hijo con el título de “príncipe de los bárbaros”, y aquí creo que el director cae en la tentación de ideologizar estilos y escogencias. Si Sebastien escoge los video-juegos y no la literatura, o la bolsa y el dinero y no la vida intelectual y universitaria... no es más que el derecho a la diferencia. Ahora, si Denys Arcand pone esa frase en la boca de su personaje principal y además titula así su película, no entendemos cómo entonces deja en el espectador la sensación de: “ves, con el dinero todo se puede, hasta una muerte *light* en medio de lo mejor de la vida”.

¿Es o no es bárbaro el mundo mercantilista que representa Sebastien? O es que el director nos está queriendo con ello repetir la vieja frase de “el dinero no hace la felicidad pero ayuda”. Desde mi punto de vista, la película cae en este punto en una contradicción, por ausencia de contradicción del personaje más crítico de la película. Remy acepta toda esa escenografía y recibe la inyección letal como quien recibe un somnífero. El tan crítico profesor de historia ha perdido al final toda su fuerza cuestionadora. Lo que, dicho sea de paso, es del todo humano, aunque el cine y especialmente Hollywood no nos tenga acostumbrados a ello.

